

OBRAS DE EMILIO ZOLA

de venta en esta Casa Editorial

<i>L'Assommoir</i>	2 tomos.
<i>Naná.</i>	2 »
<i>Teresa Raquin.</i>	1 »
<i>Los Misterios de Marsella.</i>	1 »
<i>La Débacle.</i> —(El desastre.)	2 »
<i>Louídes.</i>	2 »
<i>Roma.</i>	2 »
<i>Paris.</i>	2 »
<i>Fecundidad.</i>	2 »
<i>Trabajo.</i>	2 »
<i>Verdad.</i>	2 »
<i>A orillas del mar</i>	1 »
<i>Epistolario. Primera parte.</i>	1 »

NANA

POR

EMILIO ZOLA

TRADUCCIÓN

DE

AMANCIO PERATONER

QUINTA EDICIÓN

TOMO PRIMERO

101200

BARCELONA

Casa Editorial Maucci.—Calle de Mallorca, 166

Sucursal.—Calle Espoz y Mina, 15
MADRID



Maucci Hermanos.—Cuyo 170
BUENOS AIRES

30860

843
Z.

PQ2510
A58
V.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Compuesto en maquina TYPGRAPH.—Barcelona.



NANÀ

I

A las nueve, aun estaba vacía la sala del teatro de Variedades. Unas cuantas personas en el anfiteatro y en el patio, esperaban, perdidas entre los sillones de terciopelo granate en la penumbra de la lucerna á media luz. Una sombra anegaba la gran mancha roja del telón; ni el más leve rumor surgía de la escena; la batería estaba sin encender y los atriles de los músicos, en desorden. Unicamente allá arriba, en el tercer piso, alrededor de la rotonda del techo donde revoloteaban ninfas y amorcillos en un cielo verdeado por el gas, destacábanse voces y carcajadas entre una continua baraunda, y veíanse numerosas cabezas cubiertas de gorras y sombreros, apiñadas bajo las anchas y doradas aberturas. De vez en cuando, aparecía una acomodadora, atareada, con billetes en la mano, empujando ante sí á un caballero y unas eñora que ocupaban por fin su asiento, el hombre de frac, la mujer flaca y encorvada, paseando en torno una lenta mirada.

Dos jóvenes se presentaron en el patio, y permanecieron en pie, mirando.

—¿No te lo decía, Héctor?—exclamó el de más edad, un joven alto y de pequeño bigote negro;—llegamos demasiado pronto. Ya hubiera podido dejarme acabar mi cigarro.

En aquel momento pasó una acomodadora.

—¡Hola, señor Fauchery!—dijo con la mayor familiaridad,—la función no comenzará antes de media hora.

—¿Entonces ¿por qué anuncian para las nueve?—murmuró Héctor, cuyo escuálido rostro expresó un aire contrariado.—Esta mañana Clarisa, que toma parte en la pieza, me ha jurado y perjurado que comenzarían á las nueve en punto.

Callaron durante un rato, levantando la cabeza y escudriñando la sombra de los palcos, pero el papel verde que los tapizaba, los oscurecía todavía más. En el fondo del patio, debajo del anfiteatro, los palcos se hundían en una obscuridad completa. En uno de los del primer piso no había sino una señora gorda, envarada sobre el terciopelo de la barandilla. A derecha é izquierda, los palcos proscenios, ornados con lambrequines de largas franjas, permanecían vacíos. La sala, blanca y dorada, realzada de un verde suave, se desvanecía como llenada de fino polvillo, por las cortas llamas de la gran lucerna de cristal.

—¿Has podido alcanzar el palco proscenio para Lucy?—preguntó Héctor.

—Sí,—confestó el otro,—pero no sin trabajo... ¡Oh! ¡no hay miedo de que venga Lucy demasiado pronto! Y reprimió un ligero bostezo, añadiendo, al cabo de un rato:

—Tú si que tienes suerte, pues no has asistido todavía á un estreno... La «Rubia Venus» va á ser el acontecimiento del año. Hace seis meses que todo el mundo habla de ella. ¡Ah! ¡querido! ¡qué musical! ¡qué maravilla!... Bordenave, que entiende su negocio, la reserva para la Exposición.

—¿Y á Naná, la nueva estrella que debe hacer de Venus, la conoces tú?

—¡Vaya! ¡bueno! ¡vuelta á empezar!—exclamó Fauchery levantando los brazos.—Desde esta mañana todos me abruman con Naná. He encontrado á más de veinte personas, y ¡Naná por acá! y ¡Naná por allá! ¿Acaso lo sé yo? ¿por ventura conozco á todas las muchachas de París?... Naná es una invención de Bordenave. ¡Buena será ella!

Y se calmó. Pero el vacío de la sala, la media luz de la lucerna, aquel recogimiento de iglesia lleno de voces que cuchicheaban y de ruidos de puerta, le irritaban.

—¡Ah! ¡no!—dijo de repente:—¡uno se vuelve viejo aquí! Yo salgo... Tal vez encontremos á Bordenave, y nos dará detalles.

Abajo, en el gran vestíbulo empedrado de mármol, donde estaba instalado el despacho, comenzaba á aparecer el público. Por las tres verjas abiertas se veía pasar la ardiente vida de los bulevares, que bullían y resplandecían bajo la hermosa noche de abril. El rodar de algún coche se detenía un momento, cerrábanse ruidosamente las portezuelas y la gente entraba, por grupitos, estacionándose ante el despacho, subiendo, en el fondo, por la doble escalera donde las mujeres retardaban el paso balanceando el talle. A la viva claridad del gas, sobre la pálida desnudez de este vestíbulo que una pobre decoración presentaba como un peristilo de templo de cartón, ostentábanse violentamente grandes carteles amarillos, con el nombre de Naná en gruesas letras negras. Algunos caballeros, como enganchados al pasar, los leían; otros, en pie, hablaban obstruyendo las puertas, mientras que, cerca de la taquilla, un hombre obeso, de ancha cara afeitada, contestaba brutalmente á las personas que insistían para obtener localidades.

—Ahí está Bordenave,—dijo Fauchery, al bajar la escalera.

Pero el director le había vislumbrado ya.

—¡Eh! ¡sois muy complaciente!—le gritó desde le-

jos.—¡Vaya un modo de dedicarme una gacetilla... He abierto esta mañana el *Fígaro*, y... nada!

—Paciencia,—respondió Fauchery.—Es preciso que conozca á vuestra Naná, antes de hablar de ella... Yo nada prometí, por otra parte.

Después, para dar otro giro á la conversación; preguntó á su primo Héctor de la Faloise, joven que había venido á acabar su educación en París. El director midió á éste de una ojeada, mientras él le examinaba con emoción. ¡Con que, aquel era el célebre Bordenave, el exhibidor de mujeres, que las trataba como un cabo de vara; aquel cerebro en que siempre bullía algún reclamo, gritando, escupiendo, golpeándose los muslos, cínico, y con un talento de gendarme! Héctor creyó que debía insinuar una frase amable.

—Vuestro teatro...—comenzó con aflautada voz.

Interrumpiéndole Bordenave tranquilamente, con una palabra obscena, como hombre que ama las situaciones francas:

—¡Decid mi burdel!

Entonces, Fauchery sonrió, aprobando, mientras la Faloise se quedaba con su cumplimento atascado en la garganta, altamente sorprendido y procurando aparentar que le agradaba el vocablo. El director se había abalanzado á dar un apretón de mano á un crítico dramático, cuyas revistas gozaban de gran influencia. Cuando volvió, la Faloise recobraba su aplomo. Temía que le tratase de provinciano, si se mostraba demasiado cohibido.

—Me han dicho,—repuso, empeñado absolutamente en encontrar una frase,—que Naná tiene una voz deliciosa.

—¡Naná!—exclamó el director encogiéndose de hombros,—¡si es una verdadera grulla!

El joven se apresuró á añadir:

—Por lo demás, es una excelente actriz.

—¡Naná!... ¡un fardol... No sabe qué hacer de los pies, ni de las manos.

La Faloise se ruborizó ligeramente. Ya no comprendía. Y balbució:

—Por nada en el mundo hubiera faltado al estrecho de esta noche. Ya sabía que vuestro teatro...

—¡Decid mi burdel!—interrumpió de nuevo Bordenave, con la fría terquedad de un hombre convencido.

Entretanto Fauchery, con la mayor tranquilidad, contemplaba á las mujeres que iban entrando. Y acudió en socorro de su primo, cuando le vió con la boca abierta, no sabiendo si debía reír ó enfadarse.

—Dale gusto á Bordenave, hombre; llama su teatro como él quiere, ya que eso le divierte... Y vos, querido, no nos embroméis. Si Naná no canta, ni declama, tendréis una silba y nada más. Por mi parte, mucho lo temo.

—¡Una silba! ¡una silba!—gritó el director, cuya faz se iba tiñendo de púrpura.—¿Acaso una mujer necesita saber declamar y cantar? ¡Vaya! ¡muchacho! ¡no eres poco tonto!... Naná tiene otra cosa, ¡pardiez! ¡otra cosa que lo reemplaza todo! La he olfateado; y, ó bien está lindamente provista, ó tengo la nariz de un imbécil... Ya verás, ya verás, no ha de hacer más que presentarse, y todo el teatro se relamerá de gusto.

Había levantado sus gruesas manos, que temblaban de entusiasmo; y, desahogado, bajaba la voz, gruñendo para sí:

—Sí; ¡irá lejos ¡ah! pardiez, sí muy lejos!... ¡Buena piel! ¡oh! ¡buena piel!...

Después, como Fauchery le interrogase, consintió en dar detalles con una crudeza de expresiones que pasmaba á Héctor de la Faloise. Había conocido á Naná y quería «danzarla» (1). Precisamente, buscaba entonces una Venus. Por su parte, no se encargaba largo tiempo de una mujer; prefería que el público se apro-

(1) *Lanzar una mujer*: Exhibir á una mujer en el mundo de la galantería: ponerla en camino de alcanzar fortuna, hacerla de moda. (N. del T. tomada de Rigaud.)

vechase de ella inmediatamente. Entre tanto, se veía metido en un berengenal en su teatro, pues la compañía en peso se amotinó por la contrata de aquella moza. Rosa Mignon, su estrella, una distinguida actriz y cantatriz adorable, le amenazaba cada día con dejarle plantado, enfurecida, adivinando una rival. Y para la redacción del cartel ¡qué zambra, santos cielos! Por último, se había decidido insertar los nombres de las dos actrices en letra de igual tamaño. No toleraba que la encocorasen. Cuando una de sus dos mujercitas, como él las llamaba, Simona ó Clarisa, no andaba derecha, le largaba un puntapié en el trasero. De no ser así no había medio de vivir. ¡No había de saber lo que valían esas zorras, si él mismo las vendía!

—¡Tomal—dijo interrumpiéndose;—allá van Mignon y Steiner. Siempre juntos. Ya sabéis que Steiner comienza á estar harto de Rosa; así es que el marido no le deja ni un minuto, por miedo de que se escape.

La guirnalda de gas que resplandecía en la cornisa del teatro extendía sobre la acera una sábana de viva claridad. Dos arbolillos de color verde subido se destacaban claramente; una columna blanqueaba, bañada de tanta luz, que desde lejos podían leerse, como en pleno día, los carteles pegados en ella; y más allá, en la densa obscuridad del boulevard se salpicaba de fuegos, en la vaguedad de una muchedumbre siempre en marcha. Algunos individuos, antes de entrar, permanecían un rato conversando y acabando su cigarro, bajo la luz de la cornisa que les daba un aspecto pálido y dibujaba en el asfalto sus cortas sombras negras. Mignon, un mocetón muy alto, muy ancho de espaldas, de cabeza cuadrada como los Hércules de feria, se abría paso por entre los grupos, llevando del brazo al banquero Steiner, pequeño, de abultado abdomen, faz redonda y ornada con un collar de barba canosa.

—¡Y bien!—dijo Bordenave al banquero,—ayer tropezasteis con ella en mi gabinete.

—¡Ah, era ella!—exclamó Steiner.—Me lo figuré. Pero como cuando yo salía, entró ella, apenas pude entreverla.

Mignon escuchaba, con la vista baja, dando vueltas nerviosamente en su dedo á un grueso diamante. Había comprendido que se trataba de Naná. Después, mientras Bordenave trazaba un retrato de su debutante, que hacía que se le encandilaran los ojos al banquero, acabó por mezclarse en la conversación.

—No os ocupéis de eso, querido, ¡una correntona! ¡Vais á ver que silba se lleva!... Ya sabéis, Steiner, que mi mujer os espera en mi cuarto.

Y quiso llevárselo. Mas Steiner se resistía á dejar á Bordenave. Enfrente de ellos aplastábase una larga cola de gente en el despacho, surgiendo de ella una confusión de voces en que resonaba el nombre de Naná con la vivacidad harmoniosa de sus dos sílabas. Los hombres que se paraban delante de los carteles, le delectaban en alta voz; otros lo pronunciaban, al pasar, con acento de interrogación, en tanto que las mujeres, inquietas y sonrientes, lo repetían suavemente, con aire de sorpresa. Nadie conocía á Naná. ¿De dónde había caído Naná? Y circulaban anécdotas y chistes, cuchicheados de oído en oído. Este nombre, este diminutivo, cuya familiaridad sentaba bien en todos los labios, era como un mimito. Sólo con pronunciarlo así, la muchedumbre se alegraba y se hacía bonachona. Una fiebre de curiosidad agujoneaba á aquella gente, esa curiosidad de París, que tiene la violencia de un acceso de locura furiosa. Quería ver á Naná. A una señora le arrancaron el volante de su vestido y un señor perdió su sombrero.

—¡Ah! ¡me preguntáis demasiado!—exclamó Bordenave, á quien una veintena de hombres abrumaba á interrogaciones.—Pronto veréis... Me largo; estoy haciendo falta allá dentro.

Y desapareció, satisfecho de haber enardecido á su público. Mignon se encogía de hombros, recordando á Steiner que su mujer le esperaba para enseñarle el traje del primer acto.

—¡Mira, ahí tienes á Lucy, que baja del coche! —dijo la Faloise á Fauchery.

En efecto, era Lucy Stewart, una mujercita fea, de cuarenta años, de cuello demasiado largo, rostro flaco, estirada y de gruesos labios, pero tan viva, tan graciosa, que encantaba. Llevaba con ella á Carolina Héquet y á su madre; Carolina, de una belleza fría, la madre, muy digna y como empaquetada.

—¿Vienes con nosotros?—le dijo á Fauchery;—te he reservado un asiento.

—¡No tal! y ¿para qué? ¿para no ver nada?—Respondió éste.—Tengo una butaca; prefiero estar en el patio.

Lucy se enfadó. ¿Quizá no se atrevía á exhibirse con ella? Después, calmada de repente y saltando á otro asunto:

—¿Por qué no me has dicho que conocías á Naná?

—¡Naná! ¡en mi vida la he visto!

—¿De veras?... Pues me han asegurado que te habías acostado con ella.

A todo esto, Mignon, que se encontraba junto á ellos, con un dedo en los labios, les hacía señas para que se callaran. Y en contestación á una pregunta de Lucy, le mostró un joven que pasaba y murmuró:

—El querido de Naná.

Todos le miraron. Era guapo; Fauchery le reconoció: era Daguene, un muchacho que había derrochado trescientos mil francos con las mujeres y que, en la actualidad jugaba á la Bolsa, para regalarles ramilletes é invitarlas á comer de vez en cuando. Lucy declaró que tenía unos hermosos ojos.

¡Toma! ¡aquí viene Blanca! ¡esa fué la que me dijo que te habías acostado con Naná!

Blanca de Sivry, una gruesa rubia, cuya encanta-

dora faz parecía la paleta de un pintor, llegaba en compañía de un hombre flaco, elegante, muy distinguido.

—El conde Javier de Vandevres,—murmuró Fauchery al oído de la Faloise.

El conde cambió un apretón de manos con el periodista, mientras tenía lugar una animada explicación entre Blanca y Lucy. Las dos obstruían el paso con sus vestidos cargados de volantes, uno azul y otro rosado, y el nombre de Naná surgía de sus labios, en tan agudo diapasón, que la gente se paraba á oírlas. El conde de Vandevres se llevó á Blanca. A la sazón y como un eco, Naná resonaba en los cuatro ángulos del vestíbulo, en tono más alto, en un deseo aumentado por la espera. ¿Acaso no se daría comienzo á la función? Los hombres consultaban sus relojes, los rezagados saltaban de sus coches aun antes de que se pararan, y los grupos abandonaban la acera donde los paseantes, lentamente, atravesaban la sábana de luz que quedara vacía, alargando el cuello para echar una ojeada al teatro.

Un pilluelo que llegaba silbando, se plantó delante de un cartel, á la puerta, y luego gritó: «¡ohé! ¡Naná!» con voz aguardentosa, y prosiguió su camino, desmadejado y arrastrando sus chancas. Circuló una carcajada. Unos caballeros bien vestidos repitieron: «¡Naná! ¡ohé! ¡Naná!» Aplastábanse; en el despacho estalló una contienda; y crecía un clamor formado por el zumbido de las voces que llamaban á Naná, que exigían en una de esas ráfagas de estupidez y de sensualidad brutal que pasan sobre las muchedumbres.

Pero, dominando aquella zambra, sonó la campanilla del escenario. Un rumor llegó hasta el bulevar: «Han llamado, han llamado»; y hubo una de empujes; cada cual quería pasar delante, en tanto que los empleados del despacho se multiplicaban. Mignon, con aire inquieto, logró al fin llevarse á Steiner, que no

había ido á ver el traje de Rosa. Al primer retintín de la campanilla, la Faloise había hendido la multitud arrastrando á Fauchery, para no perder la sinfonía. Este apresuramiento del público irritó á Lucy Stewart. ¡Vaya qué groseros; empujar á las señoras! Y se quedó la última con Carolina Héquet y su madre. El vestíbulo estaba vacío; en el fondo, el bulevar conservaba su prolongado rumor.

—¡Como si sus piezas valiesen gran cosa!—repetía Lucy, subiendo la escalera.

En la sala Fauchery y la Faloise, en pie delante de sus butacas, miraban de nuevo. Actualmente, el teatro resplandecía. Altas llamas de gas reflejaban en la gran lucerna de cristal chorros de fuego amarillos y rosados, que se quebraban, desde la bóveda al patio, en una lluvia de claridad. Los terciopelos granate de los sillones se coloreaban de laca, mientras los dorados relucían y los adornos de azul suavizaban su brillo, bajo las pinturas demasiado crudas del techo. La batería de proscenio, con su vivísima luz, parecía como si incendiase el telón, cuyos pesados cortinajes color de púrpura ofrecían una riqueza de palacio fabuloso, reñida con la pobreza del marco, donde algunas grietas mostraban el yeso debajo del dorado. Hacía calor ya. Los músicos, sentados ante sus atriles, afinaban sus instrumentos, con ligeros trinos de flauta, suspiros ahogados de trompa, cantábiles de violín, que se desvanecían en medio de la creciente baraunda. Todos los espectadores hablaban, se empujaban, se deslomaban en el asalto dado á los asientos; y las apreturas en los pasillos eran tales, que cada puerta soltaba penosamente una oleada de gente, interminable. Llamábanse desde lejos unos á otros los conocidos; rozábanse las ropas, desfilaban faldas y sombreros, fraques y levitas. Sin embargo, las filas de sillones llenáronse poco á poco; destacábase un traje claro, una cabeza de distinguido perfil inclinaba su peinado donde resplandecía el brillo de una

joya. En el palco, un trozo de espalda desnuda ofrecía una blancura de seda. Otras mujeres, tranquilas, se abanicaban con languidez, siguiendo con la vista los empujones de la muchedumbre, en tanto que varios caballeros jóvenes, de pie en el patio, con el chaleco sumamente descotado y un ramito en el ojal, asestaban sus gemelos con la punta de sus enguantados dedos.

Entonces, los dos primos buscaron algún rostro conocido. Mignon y Steiner estaban juntos, en una delantera, con las manos apoyadas en el terciopelo de la barandilla, uno al lado de otro. Blanca de Sivry parecía ocupar por sí sola un proscenio de platea. Pero la Faloise examinaba; sobre todo, á Daguinet, que ocupaba una butaca de patio, dos filas delante de la suya. Cerca de él, un jovencito de diecisiete años cuando más, algún colegial escapado, abría extraordinariamente sus hermosos ojos de querubín. Fauchery sonrióse al verle.

—¿Quién es aquella señora del anfiteatro?—preguntó de improviso la Faloise;—aquella que tiene á su lado una niña vestida de azul.

E indicaba una mujer gruesa, muy apretada de corsé, una antigua rubia convertida en blanca y matizada de amarillo, cuya faz redonda, enrojecida por el afeitte, se abotargaba debajo de una lluvia de rictos infantiles.

—Es Gagá,—respondió sencillamente Fauchery.

Y como este nombre pareciese dejar aturdido á su primo, añadió:

—¿No conoces á Gagá?... Pues ha hecho las delicias de los primeros años del reinado de Luis Felipe. Ahora arrastra consigo á su hija, por todas partes.

La Faloise ni siquiera fijó una ojeada en la niña. La vista de Gagá le conmovía; no apartaba los ojos de ella; la encontraba muy guapa, pero no se atrevía á decirlo.

Entretanto, el director de orquesta levantó su batuta y los músicos dieron principio á la sinfonía. Continuaba entrando gente, y la agitación y la algazara crecían. Entre ese público especial de los estrenos, que nunca cambiaba, había rinconcitos de intimidad donde los conocidos se volvían á encontrar, sonriendo. Los abonados, con el sombrero puesto, á sus anchas y con familiaridad, trocaban saludos entre sí. París se había dado allí cita, el París de las letras, de la banca y del placer; muchos periodistas, algunos escritores, bolsistas, más mujeres públicas que mujeres honradas; mundo singularmente mezclado, compuesto de todos los genios, corrompido por todos los vicios, donde la misma fatiga y el mismo cansancio se ostentaban en todos los rostros. Fauchery, contestando á las preguntas de su primo, le señaló los palcos de la prensa y de los casinos, después le nombró los críticos dramáticos, entre ellos uno flaco, seco, de delgados y malignos labios; y sobre todo, otro grueso, de aspecto bonachón, que se reclinaba sobre el hombro de su vecina, una figuranta á la que parecía que cobijaba con su mirada tierna y paternal.

Pero interrumpióse, al ver que la Faloise saludaba á unas personas que ocupaban un palco del centro; y sorprendió:

—¡Cómo!—preguntó,—¿Conoces al conde Muffat de Beauville?

—¡Oh! ¡desde hace mucho tiempo!—respondió Héctor.—Los Muffat tenían una posesión cerca de la nuestra. Les visito á menudo... El conde está con su mujer y su suegro, el marqués de Chouard.

Y, engreído, satisfecho con el asombro de su primo, entró en detalles: el marqués era consejero de Estado; el conde acababa de ser nombrado chambelán de la Emperatriz. Fauchery, que había cogido sus gemelos, miraba á la condesa, una morena pálida, mórvida, de hermosos ojos negros.

—Me presentarás en un entreacto,—acabó por de-

cir.—Ya me he encontrado otras veces con el conde, pero quisiera ir á sus martes.

Enérgicos «psit!» partieron de las galerías superiores. La sinfonía había empezado. Todavía entraba gente. Los rezagados obligaban á levantarse á filas enteras de espectadores; las puertas de los patios golpeaban; en los pasillos, disputaban á voz en grito. Y el ruido de las conversaciones no cesaba, semejante al piar de una bandada de parleros gorriones, cuando se pone el sol. Era aquello una confusión, un barullo de cabezas y de brazos que se agitaban; unos sentábanse y procuraban ponerse á sus anchas, y otros empeñábanse en continuar en pie, para echar una última ojeada. El grito de «sentarse, sentarse!» salió violento de las profundidades del patio. Había circulado un estremecimiento. ¡Por fin iban á conocer á esa famosa Naná de que todo París se ocupaba desde hacía ocho días!

Poco á poco, sin embargo, las conversaciones iban extinguiéndose suavemente, con alternativas de voces fuertes. Y en medio de ese murmullo desmayado, de esos suspiros que morían, destacábase la orquesta en las vivas notas de un vals, cuyo ritmo malicioso parecía reír picarescamente. El público, excitado, sonreíase ya. En esto la «claque» en los primeros bancos del parterre, aplaudió furiosamente. Levantábase el telón.

—¡Toma!—dijo la Faloise, que proseguía hablando —¡hay un caballero en el palco de Lucy!

Y miraba el palco proscenio de la derecha, piso primero, cuya delantera ocupaban Carolina y Lucy. En el fondo, percibíase la faz digna de la madre de Carolina y el perfil de un joven alto, de hermosa cabellera rubia, y traje irreprochable.

—Mira,—repitió la Faloise con insistencia,—hay un caballero.

Fauchery se decidió á dirigir sus gemelos hacia el palco proscenio; mas, no tardó en volverse:

—¡Ah! es Labordette,—murmuró con acento de indiferencia, como si la presencia de aquél caballero hubiese de ser, para todo el mundo, natural y sin consecuencias.

Detrás de ellos gritaron: «¡silencio!» y hubieron de callarse. A la sazón los concurrentes parecían atacados de inmovilidad; desde el patio al anfiteatro, sólo se veía una sábana de cabezas, erguidas y atentas. El primer acto de la «Rubia Venus» pasaba en el Olimpo, un Olimpo de cartón, con nubes por bastidores y el trono de Júpiter á la derecha. Salieron, primero, Isis y Ganimedes, ayudados por multitud de servidores celestes, que cantaban un coro, mientras disponían los sitials para el Consejo de los dioses. Por segunda vez, sonaron por sí solos los mecánicos aplausos de la «claque»; el público, algo desorientado, esperaba. Sin embargo, la Faloise había aplaudido á Clarisa Besnus, una de las mujercitas de Bordenave, que desempeñaba el personaje de Isis, vestida de azul suave y con una gran banda de siete colores ceñida al talle.

—Ya sabes que para ponerse eso se quita la camisa,—le dijo á Fauchery, de modo que le oyeran.—Esta mañana lo hemos ensayado... Se le veía la camisa debajo de los brazos y en la espalda.

En esto recorrió la sala un ligero estremecimiento. Rosa Mignon acababa de entrar en escena, vestida de Diana. Auan cuando no tenía el talle, ni la figura del personaje, flaca y negra, con una fealdad adorable de pilluelo parisiense, pareció encantadora, como la caricatura misma de la diosa. Su aria de entrada, cuya letra de puro necia daba ganas de llorar y en la que se quejaba de Marte, el cual se iba olvidando de ella para galantear á Venus, fué cantada con una reserva púdica, tan intencionada que el público se enardeció. Su marido y Steiner, siempre jun-

tos, refan complacientes. Y toda la sala estalló en aplausos cuando Pruliére, verdadero Marte de carnaval, con un penacho gigantesco, y arrastrando un sable que le llegaba hasta el hombro. Este personaje estaba ya har-to de Diana, por lo muy quisquillosa que era. Entonces Diana juraba que le vigilaría y se vengaría. El duo finalizaba con una canción bufa, que Pruliére entonó muy chuscamente, con voz de gato irritado. Distinguíase por su fatuidad cómica de galán joven seductor y asestaba unas ojeadas de valentón, que excitaban risas agudas de mujeres, en los palcos.

Después, el público volvió á enfriarse; las escenas siguientes se encontraron pesadas. Apenas si el viejo Bose, un Júpiter imbécil, con la cabeza aplastada bajo una corona inmensa, hizo sonreír al público, cuando se querelló con Juno, sobre una cuenta de la cocinera. El desfile de los dioses, Neptuno, Plutón, Minerva y los demás, estuvo á pique de echarlo á perder todo. Los espectadores se impacientaban, crecía por grados un murmullo inquietante, el público perdía el interés y apartaba la vista de la escena. Lncy reía con Labordette, el conde Vandevres alargaba el cuello detrás de los macizos hombros de Blanca, mientras que Fauchery, con el rabillo del ojo, miraba á los Muffat, el conde, muy grave, como si nada comprendiera, y la condesa sonriendo vagamente, fijó los ojos en el vacío, como si soñara. Empero, bruscamente, en este malestar, los aplausos de la «claque» crepitaron, con la regularidad de un fuego de guerrilla. Todo el mundo volvió la vista á la escena. ¿Salfá Naná, por fin? ¡No se hacía esperar poco la dichosa Naná!

Era una comisión de mortales, que Ganimedes é Isis habían introducido, burgueses respetables, todos ellos maridos burlados, que venían á presentar al rey de los dioses una protesta contra Venus, la cual infundía en sus mujeres ardores por demás excesivos. El coro, con un tono ingenuo y doliente, entrecortado por

silencios llenos de confidencias, agradó mucho. Una frase circuló por la sala: «El coro de los cornudos, el coro de los cornudos!» y se gritó: «¡que se repita!» Las cabezas de los coristas eran muy chuscas, de veras parecían serlo, sobre todo uno grueso, de cara redonda como una luna. Entretanto, Vulcano llegaba furioso, preguntando por su mujer, que se había escapado hacía tres días. El coro volvía á su tema, implorando á Vulcano, el dios de los cornudos. El personaje de Vulcano lo desempeñaba Fontán, un cómico de talento truhanesco y original, que representaba una cojera endiabladamente excéntrica, vestido de herrero de aldea, con una peluca flamante, y los brazos desnudos y pintarrajeados de corazones atravesados por flechas. Una voz de mujer, dijo en voz muy alta: «¡ah! ¡qué feo es!» y todos reían aplaudiendo.

Siguió una escena, que pareció interminable. Júpiter nunca acababa de congregarse la asamblea de los dioses y someterles la protesta de los maridos burlados. ¡Y aun no se presenta Naná! ¿La reservaban tal vez para cuando bajase el telón? Una espera tan prolongada había acabado por irritar al público. Los murmullos comenzaban de nuevo.

—La cosa va mal,—dijo Mignon á Steiner, radiante de gozo.—¡No les espera mala silba!

En este momento, entreabiéronse las nubes del fondo y apareció Venus. Naná, muy alta, muy desarrollada en proporción á sus dieciocho años, envuelta en su blanca túnica de diosa con su larga cabellera rubia suelta sobre los hombros, descendió hasta cerca de la concha del apuntador, con tranquilo aplomo y sonriendo al público; y comenzó su gran aria:

Quando Venus ronda por la noche...

Desde el segundo verso, los espectadores mirábanse unos á otros. ¿Era aquello una bromita, alguna apueta de Bordenave? Nunca se había oído una voz más

desafinada, ni emitida con menos método. Su director la juzgaba perfectamente, sí: cantaba como una grulla. Y ni siquiera sabía mantenerse en escena; dirigía sus manos hacia adelante, con un balanceo de todo su cuerpo, que se encontró inconveniente y nada gracioso. Elevábanse ya algunos: «¡oh! ¡oh!» del patio y de los asientos fijos, y oíase uno que otro silbido, cuando una voz de polluelo en época de muda lanzó, con convicción, desde los sillones de orquesta.

—¡Muy bien!

Todos los espectadores miraron allí. Era el querubín, el colegial escapado, con sus hermosos ojos ampliamente abiertos y su rubia faz inflamada desde que veía á Naná. Cuando observó que toda la gente se volvía hacia él, púsose como una grana, avergonzado de haber hablado en voz alta, sin querer. Su vecino Dagenet le examinaba, sonriendo, y el público reía, casi desarmado y no pensando ya en silbar, mientras que los señoritos de guante blanco, entusiasmados también por las formas de Naná, aplaudían frenéticamente.

—¡Sí, muy bien! ¡bravo!

Naná, entretanto, viendo que los concurrentes reían, se había hechado á reír también. La jovialidad redobló. Bien mirada, la moza aquella no carecía de gracia. Su risa le ahuecaba un incitante hoyuelo en la barba. Y esperaba, sin el menor embarazo, familiarmente, tratando al público de igual á igual, como si quisiese significar, con un guiño de ojos, que si bien no tenía talento, ni por valor de dos sueldos, maldito lo que importaba; en cambio tenía otra cosa. Y después de haber dirigido al director de orquesta un gesto que significaba: «¡Vamos allá, querido!» comenzó la segunda coplilla:

A media noche, Venus pasa...

Era siempre la misma voz avinagrada, pero á la sazón, rascaba tan acertadamente al público en buen sitio, que, por momentos, le producían un ligero estremecimiento. Naná conservaba su sonrisa que iluminaba su boquita roja y relucía en sus grandes ojos, de azul claro. Al llegar á ciertos versos algo picarescos, dilatábase su nariz, cuyas sonrosadas alas palpitaban, en tanto que una llamarada abrasaba sus mejillas. Y continuaba balanceándose, no sabiendo hacer otra cosa. El público ya no encontraba feo aquello, sino muy al contrario; los hombres asestaban sus gemelos. Al ir á terminar su coplilla, le faltó por completo la voz y comprendió que le sería imposible llegar hasta el fin. Entonces, sin inquietarse, dió un golpe de cadera que dibujó una redondez debajo de la delgada túnica, mientras que, doblaba por la cintura y dejando entrever el seno, tendía sus brazos. Estalló una tempestad de aplausos. Inmediatamente se volvió de espaldas, en dirección al foro, exhibiendo su nuca, cuyos cabellos rojos parecían dorado vellocino; y los aplausos se trocaron en frenéticos.

El final del acto fué más frío. Vulcano quería abofetear á Venus. Los dioses celebraban consejo y decían que irían á proceder á una información de la tierra, antes de dar cumplida satisfacción á los maridos burlados. Aquí Diana, sorprendiendo tiernas frases entre Venus y Marte, juraba que no les quitaría la vista de encima durante el viaje. Había también una escena en que el Amor, representado por una muchacha de doce años, contestaba á todas las preguntas: «¡Sí, mamá!» con acento llorón, y urgándose las narices con el dedo. Después, Júpiter, con la severidad de un maestro que se enoja, encerraba el Amor en un cuarto obscuro, ordenándole que conjugase veinte veces el verbo «amar.» El número final, un concertante que la compañía y la orquesta desempeñaron brillantemente, mereció la aprobación. Pero bajado el telón, en vano intentó la «claqué» que el pú-

blico hiciera salir los actores á la escena; los espectadores, en pie, se dirigían ya hacia las puertas.

Pateaban, codeándose, estrujados entre las filas de butacas, manifestándose sus impresiones. Circulaba una misma voz:

—¡Es estúpido!

Un crítico decía que se habrían de introducir muchos cortes en la obra. Por lo demás, la pieza importaba muy poco: hablábase sobre todo de Naná. Fauchery y la Faloise, que habían sido de los primeros en salir, tropezaron en el pasillo con Steiner y Mignon. Era cosa de ahogarse en aquel corredor, estrecho y chato como galería de mina, iluminado por mecheros de gas. Permanecieron un momento al pie de la empinada escalera, protegidos por el arco de la barandilla. Los espectadores de los asientos fijos bajaban con un ruido continuo de gruesos zapatos; la ojeada de los fraques negros pasaba, en tanto que una acomodadora hacía los mayores esfuerzos para esquivar contra los empujones una silla encima de la cual había apilado varias prendas de ropa.

—¡Si la conoceré yo!—gritó Steiner, en cuanto percibió á Fauchery.—De seguro la he visto en alguna parte... Creo que fué en el Casino, donde hubieron de recogerla del suelo, de puro borracha.

—Por mi parte, no lo sé á punto fijo,—dijo el periodista;—pero también recuerdo que esa fisonomía no me es desconocida...

Y bajando la voz, añadió sonriendo?

—Tal vez en casa de la Tricon.

—¡Pardiez! ¡vaya qué sitio!—declaró Mignon, que parecía exasperado.—¡Es repugnante que el público acoja de esta manera á la primera zorra que se presenta! Dentro de poco ya no habrá mujeres honradas en el teatro... Sí, acabaré por prohibir á Rosa que represente.

Fauchery no pudo evitar una sonrisa. Entre tanto,

el ruido de los gruesos zapatos no cesaba, y un hombrecito de gorra decía, arrastrando la voz:

—¡Oh! ¡vaya una moza! ¡y que bien provista!

En el pasillo, dos jovencitos, rizados, muy elegantes disputaban. Uno de ellos repetía la palabra «Infecta! ¡Infecta!» sin dar razón alguna; y el otro respondía «¡Asombrosa! ¡Asombrosa!» desdeñando toda argumentación.

La Faloise encontraba muy aceptable á Naná; únicamente se atrevió á decir que lo sería mucho más, si cultivaba su voz. Entonces, Steiner, que no escuchaba ya, pareció despertar sobresaltado. Por lo demás, era preciso esperar. Quién sabe si la cosa se echaría á perder en los actos siguientes. El público se había mostrado complaciente, pero la verdad es que aun no estaba entusiasmado. Mignon juraba que la obra no concluiría, y como Fauchery y la Faloise los dejaron para subir al salón de descanso, tomó del brazo á Steiner y se arrimó á su hombro, diciéndole al oído:

—Vais á ver el traje de mi mujer en el segundo acto... ¡es hasta allá!

Arriba, en el salón, las tres arañas de cristal despedían viva luz. Los dos primeros vacilaron un momento; la puerta vidriera, cerrada, dejaba ver, de uno á otro extremo de la galería, un oleaje de cabezas, que dos corrientes arrastraban en continuo remolino. Sin embargo, entraron. Cinco ó seis grupos, hablando en alta voz y gesticulando, obstruían el centro del paso; los demás andaban por filas, girando sobre sus talones, que golpeaban el encerado pavimento. A derecha é izquierda, entre las columnas de mármol jaspeado, las mujeres, sentadas en banquillos de terciopelo rojo, miraban el oleaje que pasaba, con aire de fatiga, como abrumadas por el calor; y tras de ellas, en los altos espejos, se veían sus moños. En el fondo, delante del aparador, un hombre de abultado abdomen bebía un refresco.

Fauchery, para respirar, había salido al balcón. La Faloise, que examinaba las fotografías de las actrices, en cuadros interpolados con los espejos, entre las columnas, concluyó por seguirle. Acababan de apagar la guirnalda de gas de la cornisa del teatro. Estaba obscuro y hacía fresco en aquel balcón, que les pareció vacío. Únicamente un joven, rodeado de sombra, apoyado en la balaustrada de piedra, en la abertura de la derecha, fumaba un cigarrito, cuyo fuego relucía. Fauchery reconoció á Daguenet. Y cambiaron un apretón de manos.

—¿Qué hacéis aquí, querido?—preguntó el periodista.—¿Vos en estos rincones, cuando nunca abandonáis la butaca, los días de estreno?

—Ya veis que estoy fumando,—respondió Daguenet. Entonces, Fauchery, para apurarlo:

—¡Bien!—añadió,—¿qué os parece la debutante?... ¡En los pasillos la tratan muy mal!

—¡Oh!—murmuró Daguenet,—¡serán algunos á quienes habrá despreciado.

Este fué todo su juicio sobre el talento de Naná. La Faloise se inclinaba, mirando al bulevar. Enfrente, las ventanas de un hotel y de un casino estaban vivamente iluminadas, mientras que, en la acera, una masa oscura de consumidores ocupaba las mesas del café de Madrid. A pesar de lo avanzado de la hora, la muchedumbre era considerable; andaban á paso corto; del pasaje Jouffoy salía gente sin cesar, y algunos se veían precisados á esperar cinco minutos, antes de poder cruzar el bulevar, gracias á la interminable fila de coches.

—¡Qué movimiento! ¡qué ruido!—repetía la Faloise, á quien París asombraba todavía.

Oyóse el prolongado retintín de la campanilla y el salón quedó vacío. La gente se aglomeraba en los pasillos. Ya estaba levantado el telón, y aun los concurrentes entraban por bandadas, no sin excitar el malhumor de los espectadores sentados. Cada cual vol-